

Trigésimo Domingo del Tiempo Ordinario A2020

Quiero comenzar esta homilía refiriéndome al mundo animal. De hecho, cuando visito los parques de animales o veo el canal de televisión de los animales, me sorprende darme cuenta de que su regla de vida y su código de conducta es la "Ley de la selva". La ley de la jungla significa que solo los más fuertes pueden sobrevivir. La competencia, el peligro y la amenaza vienen de todas partes, de un depredador a otro.

Desafortunadamente, la ley de la selva no se aplica solo al mundo de los animales. Hoy también ha entrado en la relación humana bajo la forma de explotación de los pobres y débiles, opresión de los extranjeros y de los que no son como nosotros, desprecio de las viudas y rechazo de los huérfanos. Dios quiere que pensemos en estas cosas este domingo a la luz de la Ley del amor de Dios y del prójimo.

En el libro del Éxodo, Dios prohíbe a Israel oprimir al extranjero, hacer daño a la viuda y al huérfano, explotar al necesitado y al pobre y actuar injustamente con el prójimo. Deben actuar de esta manera, porque ellos también eran extraños, pobres y débiles en Egipto. Por lo tanto, deben recordar el estado en el que se encontraban en Egipto, apreciar lo que Dios hizo al librarlos y ser compasivos, amables y generosos con los necesitados, los pobres, las viudas y los huérfanos.

Aquí hay una pregunta: "¿Por qué Dios se preocupa tanto por esta categoría de pueblos? La razón es que dada su fragilidad, se encuentran sin protección y sin recursos, sin esposo y sin padres, y por lo tanto, pueden fácilmente convertirse en víctimas de todo tipo de abuso. En esta perspectiva, solo Dios es su protector y defensor. En consecuencia, dañarlos es como dañar al mismo Dios, que es su Padre y su tutor.

Esta visión nos ayuda a comprender por qué el amor de Dios va junto con el amor de nuestros semejantes. Es por la misma razón que Jesús coloca al mismo nivel el amor de Dios y el amor a los semejantes. Quien cumple el mandamiento del amor, ya ha cumplido toda la ley. Todo lo demás es solo comentario y explicación.

Amar a Dios no significa darle parte de nuestro tiempo en el día mediante la celebración de la Santa Misa y la oración o ofrecerle nuestras ofrendas; hay más que esto. Amar a Dios significa entregarnos enteramente a él para que no haya nada de nosotros que esté fuera de su control. Significa confiar completamente en él en todo lo que emprendemos y planeamos. Significa vivir y actuar de tal manera que nuestro corazón, nuestra mente y nuestra alma sean incendiados por su palabra y sus mandamientos. Esto es lo que significa amar con todo el corazón, toda el alma y toda la mente.

Sin embargo, para hacer este amor de Dios visible y palpable, debemos preocuparnos por nuestros semejantes. En este contexto, el amor de nuestros semejantes se convierte en el terreno sobre el que practicamos el amor de Dios. Por eso, Jesús no separa el amor de Dios y el amor al prójimo. Dios y el prójimo son dos caras de una misma moneda en la medida en que Dios está presente en cada persona.

Algunos cristianos argumentan que lo más importante para ellos es ir a misa. Por lo tanto, deben evitar el mensaje sobre los pobres y los necesitados. Al hacerlo, obedecen el primer mandamiento y olvidan el segundo. Otros cristianos operan como trabajadores sociales. Hacen todo por los pobres no porque agrada a Dios, sino porque los hace sentir bien. Al hacerlo, obedecen el segundo mandamiento e ignoran el primero. Estas personas son humanitarias pero no realmente cristianas.

Amar a Dios y al prójimo resumen la ley y los profetas. Esto no es algo más allá de nuestra vida diaria. Esto es lo que nos hace quienes somos. Amar a Dios y al prójimo es el contenido de nuestra vida, el trampolín de nuestras acciones, la base de nuestras decisiones, el motivo de nuestra vida de oración y la motivación de nuestro estilo de vida.

Entonces, ¿cuál es el mandamiento más importante? Estar tan cerca de Dios que nos convertimos en su presencia para los demás. Permítanme ilustrarlo con una historia: "Una muchacha estaba angustiada por haber perdido el sentido de las cosas en su vida. "¿Por qué Dios no me deja sentir su presencia?" ella lloró. "Si tan solo pudiera sentirlo y saber que me ha tocado". Su abuela, a quien se quejaba, le dijo: "Ahora mismo. Cierra los ojos y reza a él. Pídele que extienda su mano y te toque". La muchacha cerró los ojos y oró con fervor. Luego sintió una mano en su mano. "Él me ha tocado. Me ha tocado", gritó. Luego dijo: "Sabes, su mano se sentía como la tuya". "Por supuesto que fue mi mano", dijo su abuela. "Así es como obra Dios. Toma la mano que tiene más cerca y la usa".

Esto es lo que hace Dios. Mira para ver qué hay disponible. ¿Es tu mano? ¿Es mi mano? Usa esta mano para tocar a la gente. Cuando nuestras vidas se centran en amar a Dios, nos convertimos en canales de su amor hacia los demás. Para amar a Dios es necesario estar siempre atentos y dispuestos a responder a las necesidades de nuestros semejantes.

Es por eso que no debemos descuidar el destino de nuestros semejantes con quienes vivimos. No podemos preocuparnos por las cosas de Dios y descuidar las cosas de este mundo. Esto no es socialismo, sino el centro de la enseñanza cristiana. Es una pena que algunas personas politicen esta certeza.

Noten también que amar a nuestro prójimo incluye compartir con los pobres y los extranjeros; tener compasión, honestidad y justicia en nuestra relación con los demás; Nunca poner otra vida en riesgo y nunca vengarnos. Todo lo que queremos que nos hagan a nosotros, debemos hacerlo a los demás. Todo lo que no queremos que se nos haga a nosotros, no debemos hacerlo a los demás.

De una manera muy sencilla, está claro que este mandamiento de Jesús no se trata de construir muros para mantener alejados a los que consideramos indeseables, sino de construir puentes para acoger al extranjero, al refugiado y al perseguido. A veces somos rápidos en rechazar al mensajero que nos llama a abrir nuestro corazón a nuestros vecinos. Pero, aunque rechazar al mensajero que nos desafía es fácil, no cambia la realidad de esta enseñanza de Jesús.

Por eso, debemos recordar siempre que el amor al prójimo está profundamente influido por nuestro amor a Dios. Si amamos a Dios, tenemos que pensar en nuestro prójimo. La otra persona no es amada porque sea atractiva o hermosa, o porque hable mi idioma sin acento, o tenga el mismo color de piel que yo, sino porque es un hijo de Dios como yo.

Después de todo, Dios no amaba a los esclavos israelitas en Egipto porque fueran hermosos o cultivados, o porque hablaran el mismo idioma con él, sino simplemente porque él es bueno y tenían una necesidad desesperada. Este amor incondicional es lo que tenemos que mostrar a los demás. ¡Dios los bendiga a todos!

Éxodos 22: 20-26; 1 Tesalonicenses 1: 5c-10; Mateo 22: 34-40



Fecha de la Homilía: el 25 de Octubre, 2020

© 2020 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20201025homilia.pdf